

Dionea en el colmo de la angustia y de la desesperacion.

Nadie respondió.

La jóven esclava hacía inútiles y supremos esfuerzos procurando libertarse, y lanzaba gritos agudos que dominaban la tormenta.

El anciano sacó del seno, donde lo tenía oculto bajo su túnico, un cuchillo corvo, semejante á una pequeña hoz, y alzándolo al cielo con la diestra, exclamó con una voz atronadora que se elevaba por encima de la tempestad como eco terrible de venganza y exterminio:

— ¡Hé aquí el momento supremo! El altar de Teutates, largo tiempo privado de la sangre de los sacrificios, va á ser obsequiado con ella una vez más: ¡quizá la última! El dios grande va á partir sobre su esplendente carro á los lugares donde se venera su imágen y su culto; pero el camino es largo, y será conveniente que ofrezca este abrevadero de sangre á sus sagrados corceles para que lo recorran con vigor; aquí tienen el tibio licor y el necesario alimento, cuya abstinencia han padecido por tanto tiempo. ¡Venid, venid, los corceles de la crin de fuego! ¡Aceptad el último festin que os ofrece el país de los tectósagos!

Y el druida levantó entónces el cuchillo,

suspendiéndolo sobre la garganta de Dionea, pronto á hacer brotar de ella el raudal de su sangre.

La jóven exhaló todavía un ronco grito, haciendo resonar en el espacio el nombre de Sigor, y cayó de rodillas.

¡Nadie respondió!

Pero escuchóse un agudo silbido por encima de la cabeza de Dionea. La mano que la aprisionaba se abrió convulsivamente: el cuchillo resonó sobre las losas de las tumbas con fúnebre vibracion, y el viejo druida vaciló primero, como un árbol cortado de raíz, y cayó en seguida, hiriéndose la frente contra el ángulo de una gran piedra.

Dionea, sobrecogida de espanto y embargada por el terror, quedó inmóvil y muda, viendo al mismo tiempo á Sigor que acudía precipitadamente en su auxilio saltando de piedra en piedra.

El guerrero, que habia escuchado las desesperadas voces de la jóven, regresaba apresuradamente, porque presumia que algo grave ocurría; pero no podia siquiera imaginarse la inminencia del peligro que amenazaba á la esclava. Al llegar al borde del torrente dirigió rápidamente la vista al sitio donde se encontraban el druida y la griega, y al observar la actitud del sacerdote, viendo brillar en su mano el

acero de su cuchillo, comprendió instantáneamente la extrema situación de aquel drama. Dionea estaba de espaldas, luchando por desprenderse de las garras que la aprisionaban, y con su cuerpo cubría por completo la figura del anciano; pero aprovechando el fatal momento en que la jóven, al caer de rodillas, dejaba en descubierto el pecho del druida, disparó contra éste su dardo, que silbó rozando los cabellos de la esclava, y fué á clavarse en aquel pecho descarnado, hiriendo mortalmente al sacerdote.

Tan pronto como Dionea vió á Sigor, corrió trémula y desatentada á echarse en los brazos del galo, en tanto que el viejo druida, tendido sobre la piedra de una tumba, exhalaba sus últimos suspiros roncós, ahogados y estertóreos por la espumante sangre que se agolpaba á su garganta. Sigor se acercó á él para quitarle del pecho el arma con que lo había herido; pero el anciano lo rechazó con un supremo y último esfuerzo, exclamando con voz débil y apagada:

— ¡No! ¡No!..... deja este hierro clavado en mi pecho; con él quiero comparecer ante el trono del gran Teutates, para que pueda ver cómo ha sido asesinado su último sacerdote con el arma que su divino poder había confiado á los galos para con-

quistar el mundo: yo le dire además que un galo libre ha sido quien ha cometido este crimen sacrilego y horrendo, por querer proteger y salvar á una esclava extranjera..... ¡Un galo libre, asesino y verdugo de su religion, por una esclava griega!

Tan tremendo anatema causó terrible sensación en el ánimo de Sigor, que aún sostenía en sus brazos á Dionea.

Profundamente afectado ante el terror y la acusación de su propia conciencia, quedó abatido y sin fuerzas para retener á la jóven, abandonándola del mismo modo que lo había hecho antes el anciano en el momento de sentirse herido. Lanzóle la esclava una mirada impregnada con una mezcla de amargura y desesperación; pero Sigor procuró evitar la influencia de aquellos ojos, apartando los suyos y volviendo el rostro. Al verse Dionea abandonada así, y considerándose convertida en objeto de horror para aquel hombre, experimentó lo que no había experimentado al oír sobre su frente las tremendas amenazas del druida, ni al ver suspendido el acero de éste sobre su garganta: una palidez mortal cubrió su semblante; el valor y las fuerzas le faltaron; vaciló un momento, y desplomándose como herida del rayo, fué á caer desvanecida y exánime á los piés

del guerrero, que permaneció insensible, frío é inmóvil, embargado por el espanto, y meditando la magnitud del sacrilego atentado que acababa de cometer.

Entre tanto habia ido creciendo la fuerza de la tormenta, y era tan copiosa la lluvia, que descendiendo las aguas de las colinas por numerosos arroyos, comenzaron éstos á precipitarse y á inundar el lecho del torrente, donde se encontraba Sigor al lado del anciano, ya cadáver, y de la jóven, que yacia desvanecida á sus piés, bañados por la corriente. Poseído del embrutecimiento mental más completo, contemplaba el guerrero los negros cabellos de la esclava, que las aguas agitaban y hacian flotar en torno de su cabeza, y veía más allá otros cabellos blancos movidos tambien por las aguas que se teñian en derredor con la sangre que brotaba de la frente del viejo druida.

Una tempestad no ménos violenta y terrible que la que rugia sobre su cabeza se habia desencadenado en el espíritu de Sigor. Aquellos dos seres que yacian á sus piés le representaban el principio y el término de su destino. El druida que acababa de espirar, víctima de su brazo asesino y parricida, le representaba su religion, su patria y sus juramentos; la jóven, desvanecida y próxima á morir tambien, ar-

rastrada por el torrente, pero á la cual podia fácilmente salvar y volver á la vida, era á sus ojos el dintel para penetrar en una nueva patria y en una nueva existencia con otra religion y otros juramentos. Esta confusion de ideas y esta lucha de sentimientos que se agitaban en la mente y en el corazon de Sigor le tenian completamente abstraído, sin que se diera á sí mismo cuenta de la tormenta ni de sus consecuencias.

Miéntas tanto las aguas que descendian de la montaña dieron mayor impulso á la corriente, y al bañar el cuerpo de Dionea arrastraron la parte flotante de la falda de su túnico, que fué á caer sobre el rostro del druida, ocultándolo á la vista. Este incidente, insignificante al parecer, fué de grandísima importancia: aquel lienzo que cubrió la fisonomía lívida del sacerdote era *el presente borrando el pasado*, y Sigor no vió ya más sino el semblante de Dionea.

La inundacion del torrente aumentaba por momentos, produciendo el curso de las aguas un murmullo sordo y aterrador. Reanimada algun tanto la esclava con aquella fria humedad, hizo un ligero movimiento procurando incorporarse, pero le faltaron las fuerzas para conseguirlo, y sólo las tuvo en los labios para balbucear el nombre de Sigor. En aquel mismo ins-

tante las aguas, que poco á poco habian ido creciendo, se precipitaron en mayor cantidad y con más violencia, pasando á la vez y cubriendo totalmente el cuerpo del druida y el de Dionea, y ocultando ambos á la vista de Sigor.

Una mano se agitó convulsivamente sobre la superficie de la corriente: el guerrero entónces se precipitó en socorro de la jóven, asió fuertemente aquella mano y suspendió á Dionea en sus brazos.

Desde aquel momento dió fin toda clase de incertidumbres en el espíritu y en las resoluciones del galo. Ya no habia allí otra cosa más que Dionea, que era el alma de su alma, que era su propia vida y á quien deseaba salvar á todo trance; porque cuando la vió desaparecer bajo las aguas, se habia sentido morir, y al aparecer aquella mano agitándose sobre la superficie, le pareció que era su propia vida la que lo llamaba. Dionea era, en fin, su última esperanza, que sobrenadaba en la tempestad de su conciencia y de sus pensamientos.

El robusto guerrero, llevando á la jóven en sus brazos, intentó ganar los bordes del cauce; pero habia dejado crecer las aguas del torrente á tal extremo, que sólo con desesperados esfuerzos podia resistir la impetuosidad de aquéllas, y luchaba furiosamente contra la corriente, estimulado

por el terror de Dionea, quien habiendo ya recuperado por completo el conocimiento y poseida de temor y espanto, se asía nerviosamente á Sigor, abrazada con fuerza á su cuello.

A pesar de los supremos esfuerzos del galo, éste no conseguia aproximarse á los bordes del torrente; las aguas le cubrian ya el pecho, y la fuerza y la impetuosidad de la corriente le hacian vacilar á cada paso cuando procuraba afirmar sus pies en las resbaladizas piedras sobre las cuales tenia necesidad de marchar. Cada vez que un falso movimiento le hacía perder el equilibrio, veíasele furioso azotar las aguas con el brazo extendido y cerrado el puño, como si se tratára de abatir y vencer á un enemigo.

En la actitud y en el semblante de aquel hombre podia observarse que se operaba en su alma y en sus sentimientos una lucha todavía más importante y más grave que la que tenia lugar entre sus fuerzas y las del torrente: si ántes habia sacrílegamente ultrajado á su dios en la persona y en la vida de uno de sus sacerdotes, ahora le desafiaba con imponente y altiva mirada, con horribles imprecaciones y con soberbio ademan, sin temor á la cólera celeste ni á sus venganzas. Y hasta tal extremo se exaltaron en su espíritu estos senti-

mientos de ira, que, ciego y desencajado, llegó á desenvainar la espada blandiéndola rabioso contra las impetuosas aguas del torrente, como el genio funesto de la desesperacion.

La tempestad habia llegado á su mayor apogeo: el estampido del trueno retumbaba sin cesar con terrible furor; el espacio se incendiaba con los resplandores rojizos del relámpago, y las aguas aumentaban en cantidad y violencia. El valor y la voluntad de bronce de Sigor se acrecentaban al par; pero á pesar de su pujanza y de sus heróicos esfuerzos le hubiera sido imposible ganar la orilla, y bien pronto hubiera sido arrastrado por la corriente, envuelto en la sangre del cadáver que dejaba en pos, si no hubiese encontrado en medio del cauce una piedra más grande que las demas y de colosales dimensiones, que apenas estaba cubierta por las aguas. Era uno de aquellos dolmanes (altares) que levantaban los antiguos galos para los sacrificios de solemnes funerales por la muerte de alguno de sus príncipes, de cuyos monumentos, así como de las sepulturas de tales personajes, se encuentran vestigios con mucha frecuencia en los cauces de los rios y de los arroyos; porque tambien era costumbre de aquel pueblo construirlos en semejantes parajes, con el ob-

jeto de que estuviesen defendidos por las aguas y no pudiesen manos sacrílegas profanar las cenizas de sus jefes.

Sobre aquella piedra, pues, se colocó Sigor; y allí, de pié, empuñando su espada, teniendo por alfombra el torrente que se precipitaba en derredor, y por techumbre la tempestad que rugia sobre su cabeza, permaneció silencioso y amenazador, con la mirada fija en el cielo, al cual parecia desafiar, miéntras Dionea, apoyándose en sus brazos, contemplaba con amoroso trasporte aquella figura tan salvajemente bella, que la fascinaba y seducia.

Poco á poco fué alejándose la tormenta, cesando la lluvia y descendiendo al par las aguas del peligroso torrente.

Cuando todo volvió á recuperar la calma, empezó á crecer la turbacion de Dionea ante el hombre que con el intervalo de pocos momentos le habia salvado la existencia dos veces. Sigor, por su parte, la contemplaba en silencio: su coraje habia cedido al desaparecer el peligro, apagándose su fiereza.

—Y bien, Sigor—le dijo dulcemente la esclava—¿quieres que sigamos nuestra marcha hasta el gran altar que está en el centro del bosque?

—Es inútil, porque nada tengo ya que implorar de mis dioses: ni vaticinios ni

consejos. Volvamos á casa de Manobal, donde forzosamente ha de haber sido notada nuestra larga ausencia.

Dionea inclinó la frente y caminó, seguida de Sigor, entrando de nuevo en la selva que ántes habian atravesado, y regresando por el mismo camino que habian recorrido.

Ya declinaba el dia, y los oblicuos rayos del sol, próximo á ocultarse bajo el horizonte, se reflejaban en las mil y mil gotas de agua que la lluvia habia depositado en las hojas de los árboles. La tierra se envolvía rápidamente en las sombras del crepúsculo, y tanto Sigor como la griega caminaban de tal manera preocupados en sus íntimas meditaciones sobre los sucesos de aquel dia, que, maquinalmente y sin apercibirse de ello, se desviaron de la ruta ó vereda que debian seguir para llegar á la casa de Manobal. Largo tiempo anduvieron errantes y á la ventura, sin poder encontrar el sendero que habian perdido, y su angustia creció de punto cuando cerró la noche por completo y se convencieron de que les era totalmente imposible regresar á los lugares de donde habian partido.

No tuvieron más remedio que decidirse á pasar la noche en el sitio en que se encontraban. Sigor, que, segun la usanza constante de los galos, iba provisto de to-

las sus armas, desgajó con presteza algunas ramas de los árboles inmediatos, las clavó en la tierra, y sujetando su sayal en los extremos, improvisó una especie de tienda, bajo la cual tomó asiento teniendo á su lado á la esclava. A poco empezó á verse la luna sobre el horizonte, y penetrando sus azulados rayos por entre el follaje, alumbraron la pálida fisonomía de Dionea, en cuyo rostro se marcaban las señales del frio y del cansancio. La pobre jóven, tendida sobre aquella tierra húmeda, se plegaba ó acurrucaba, procurando hacer entrar en calor sus ateridos y extenuados miembros. Sigor la contemplaba en silencio, dejando ver en su semblante el desden de una orgullosa y salvaje conmiseracion. Dionea comprendió la expresion de sus miradas, y con voz atemorizada le dijo:

— ¡Bien veo, Sigor, el desprecio que te inspiro! Me comparas con las mujeres de tu país, tan esforzadas, tan animosas, y te dices que no es así como ellas arrostran las penalidades y los trabajos, y que tampoco es así como se hacen dignas de un valiente guerrero. Cualquiera de ellas hubiera encendido, ya hace rato, una buena hoguera que te defendiese del frio, y tambien hubiera cogido algunas frutas que te mitigasen el hambre.

—Deja á las mujeres de mi raza esas salvajes virtudes, tan imposibles á tu delicada belleza como imposible sería imprimir á sus robustas formas la gracia de tus movimientos y la dulzura de tu voz. Pero sin duda tu debes tener hambre, ¿no es cierto? Aguarda unos instantes; yo remediaré tus necesidades.

Y frotando primero algunas hojas secas entre su túnica y su pecho, para quitarles la humedad, golpeó con su espada en el pedernal de su hacha (1), consiguiendo encender una buena lumbre. Luégo trajo á Dionea varias frutas de un manzano silvestre, y además algunas aves que sorprendió en los árboles. Despojó á éstas de sus plumas y púsolas sobre las brasas; y cuando estuvieron asadas, las sirvió y ofreció él mismo á Dionea. Así aquel hombre se imponía, en obsequio de una esclava extranjera, deberes y atenciones que no se hubiera atrevido á exigir ni aún de un esclavo de su país, donde se tenía en gran estima y respeto la dignidad del hombre, aunque fuese esclavo, y sólo á las mujeres les estaban asignados aquellos servicios.

(1) En los sepulcros de los Celtas y en las excavaciones que se practican en los países que fueron habitados por aquel pueblo, se descubren frecuentemente esas armas ó hachas de piedra, para las cuales empleaban el pedernal en vez del hierro ó del acero. (N. del T.)

Dionea lo sabía esto perfectamente, y á pesar de que experimentaba un gozo inefable, considerando el triunfo que había obtenido sobre la salvaje naturaleza de aquel bárbaro, se aterraba de pavora y temor ante su propio triunfo, porque meditaba qué una sola palabra, ó un solo recuerdo, podría traer á la mente de Sigor el grito de su conciencia y la memoria de la misión que le había sido confiada, y temía con razón que, avergonzado y arrepentido aquel hombre de cuanto había hecho, quisiese, en un momento de fanatismo, exterminar el único testigo de sus debilidades y de sus crímenes. Por eso la esclava guardó prudente silencio, y al fin fué Sigor quien la dijo:

—Dentro de algunas horas podremos continuar nuestra marcha. ¿Quieres volver á la casa de Manobal?

—¿Y á dónde quieres que vaya?—respondió Dionea, mirando atentamente á Sigor.

—Tienes razón—replicó aquél.—La vida de nuestras selvas no puede tener atractivos para tí, ni ménos puede serte agradable. Yo mismo, favorecido por la naturaleza con suficientes fuerzas para soportarla, encuentro acobardado mi espíritu ante la idea de sensibles y penosas privaciones.

Dionea dirigió á Sigor una mirada en que se reflejaba todo su asombro, porque habia comprendido el significado de aquellas palabras, aunque no se atrevia á crear toda la intencion y el oculto sentido de ellas. Sigor volvió á quedar abismado en sus meditaciones, y tambien fué el guerrero quien por segunda vez interrumpió el silencio, diciendo bruscamente á la esclava:

—Y ahora, Dionea, ¿querrás declararme que recomendaciones ó mandatos has recibido de Léntulo?

Al escuchar tan inesperada y súbita pregunta quedó la jóven indecisa, y bajó la vista; pero Sigor insistió de nuevo, repitiendo su deseo de conocer las instrucciones que el romano habia confiado á la griega, y entónces ésta, con voz entrecortada y sin levantar la frente, dijo:

—Léntulo teme que tú puedas ser preferido con el amor de la hija de Manobal.

—Y te ha ordenado llevar las cosas de manera que yo te prefiriese á ella; ¿no es eso?

—Los dioses me son testigos de que nada he hecho para procurarlo, —respondió la esclava, dirigiendo una contemplativa mirada al cielo y elevando la frente con fiera dignidad.

—¡Ah! — exclamó Sigor, separándose de Dionea. — ¡Ese romano execrable ha te-

nido la osadía de ordenarte que dispusieras de mi corazon como un niño dispone de sus juguetes, y se ha imaginado que tú harías hablar á mis sentimientos como haces hablar á las cuerdas de tu lira! ¡Pues yo le juro por Teutates que se engaña miserablemente!

—No invoques ese dios sangriento, á quien acabas de ultrajar.

—Y sobre todo no le invoques para mentir: ¿no es eso lo que quieres decir, Dionea? Sí; eso es lo que has querido expresar, porque tú ves que Léntulo ha triunfado, porque tú conoces que te amo y que has fascinado mi corazon. Sí; Léntulo no se engañaba, y tú has obedecido fielmente sus mandatos.

—¡Oh!.... No, no, Sigor; yo te ruego que no creas eso, — gritó Dionea, arrojándose en los brazos del guerrero. — Las órdenes de Léntulo no podían despertar los sentimientos de mi corazon: te he seguido y te he acompañado, porque tú así lo has querido; pero desde que te conocí no he podido procurar agradarte, porque sólo he podido amarte.

A esta franca y entusiasta manifestacion sucedió un prolongado y pudoroso silencio. Dionea permaneció inmóvil, con la vista baja, y apoyando su cabeza en el hombro de Sigor, que la contemplaba fija-

mente procurando descubrir en su semblante la íntima realidad de sus pensamientos.

Cuando la mirada de Sigor descendió lentamente desde la frente á la mano de la jóven, quedó triste y abatido; y señalando con el dedo el brazaletes de hierro sujeto á su muñeca, como signo de su esclavitud, la dijo:

—¿Puede ser dueña de sus sentimientos y tener libre el corazón la persona cuyo cuerpo y cuya vida tienen otro dueño?

A su vez Dionea señaló con su mano la argolla de hierro que llevaba Sigor al cuello, y le respondió:

—Entonces tampoco puede tener libre la voluntad el que se consagra á una empresa imposible.

La intención de Dionea no fué dar un reproche á Sigor; así lo entendió aceptando aquellas palabras como una observación que iluminó su entendimiento.

—Tienes razón, — respondió; — mi empeño es inútil: esta raza de hombres generados no puede cooperar á la realización de los proyectos que me han alejado de mi patria.

—¿Y volverás á tu país sin avergonzarte de no haber podido realizar tu empresa?

—No, — respondió el galo. — Condena-

do al recuerdo de mi ignominia, mi cuello conservará eternamente este signo de mi impotencia y de mi flaqueza, porque sólo nuestros druidas poseen el secreto de la hierba milagrosa que pudiera destruirlo... Tú también conservarás siempre en la mano esa prueba de tu esclava condición, porque perteneces á un dueño que no la romperá jamás.

—Te equivocas, Sigor, — dijo Dionea; — yo poseo un instrumento de acero que corta y pulveriza los hierros más duros: este anillo caerá á mis pies cuando yo lo quiera, y cuando tú lo desees, yo podré liberarte de esa argolla.

—¿Dónde está ese poderoso instrumento?

—Lo tengo escondido bajo el lecho mío, — respondió Dionea. — Mi libertad duerme cerca de mí, y no aguardo más que una hora, un favorable momento para despertarla.

—¿Quisieras tú que esa fuese una misma hora para los dos?

—Yo te declararé cuáles son los deseos de mi corazón, si después que hayamos llegado á casa de Manobal insistes en hacerme esa pregunta.

Así debía concluir para la jóven griega la vergonzosa servidumbre que le había impuesto el destino, y así también iba á

romper el guerrero la noble esclavitud que sus heroicos juramentos le habian impuesto.

Sigor descendia : Dionea se elevaba.

La mujer conquistaba su libertad con el poder de su debilidad y con los encantos de su belleza : el hombre se hacia esclavo, dominado por sus pasiones. Dionea era la exacta imágen del pueblo vencido que, con las armas de la seduccion, humilla la grandeza del vencedor, colocándose al nivel de su altura.

#### IV.

Cuando Léntulo y Manobal llegaron al campamento de Cepion, el Cónsul hizo al galo un distinguido y cortés recibimiento.

Le dispuso un baño perfumado, puso á su disposicion magníficos trajes, para que pudiera mudarse los suyos, y le ofreció una espléndida mesa con abundantes y suculentos manjares.

Empero toda la cordialidad y la cortesía que habian reinado entre Manobal y Cepion desaparecieron desde el momento en que se marcharon los demas convidados y quedaron solos con Léntulo.

Los tres personajes demostraban la mayor frialdad, encerrándose cada cual dentro de un meditado silencio para exami-

narse recíprocamente con ojo desconfiado, afectando un aspecto de indiferencia que estaban muy léjos de experimentar. Succedia entre ellos una cosa parecida á lo que ocurría entre los antiguos guerreros celtas cuando se reunian en la morada de cualquiera de ellos para celebrar alguna conferencia sobre asuntos de gran importancia : aquellos hombres deponian sus armas, despojándose de ellas para tomar asiento en el festin con que se inauguraba la junta, y tan pronto como se habia servido el último manjar y se iba á proceder á la deliberacion, volvian tranquilamente á armarse, se ceñian las espadas, abrazaban sus escudos, examinaban sus arcos y sus flechas, y así aparejados comenzaban el consejo. De igual manera Cepion y Manobal, concluido el banquete, depusieron la cordialidad y se armaron de astucia, esperando mutuamente á ver cuál de ellos entablaba el diálogo : ambos simulaban no tener nada que decirse, y acostándose por completo en los lechos que respectivamente ocupaban, fingieron dormir con profundo sueño.

Léntulo permaneció observándolos con atencion, y pudo sorprender que el uno y el otro abrian furtivamente un ojo de vez en cuando para examinar la actitud de su adversario. Casi tuvo tentacion el jóven